

*La imagen del indígena en un texto de
literatura popular italiana:
"La estrella de la Araucanía",
de Emilio Salgari*

Claudia Borri

Licenciada en Letras (Universidad de Pavia)
Magistrada en Historia de América (Universidad de Chile)

ABSTRACT

La estrella de la Araucanía (1906), an adventure novel by Emilio Salgari, is not only an example of the adaptation of reality to the demands of literary fiction and of public expectations, but also reflects the cultural climate of a period characterized by the myth of the white man's superiority over the "savage" inhabitants of the new world. Despite the known testimony of the explorer Giacomo Bove, who had belied the presence of cannibals in Tierra del Fuego, the popular Italian novelist chose the anthropophagy of the Onas as the nucleus of his narrative. He also presents a physical and morally repugnant image of the "other one".

I. Mi interés por la novela de Emilio Salgari, *La estrella de la Araucanía*, publicada por primera vez en 1906, surgió en Santiago, durante una conver-

sación con dos amigos chilenos. ⁽¹⁾ Ellos me mencionaron este texto, que yo, italiana como Salgari y en mi juventud lectora asidua de sus obras, ignoraba totalmente. Más adelante, despertó mi curiosidad el hecho de que algunos autores italianos, incluíbles en la que se suele denominar literatura popular, se han traducido al castellano, se han leído y se continúan leyendo también en Chile. Quiero referirme, específicamente, a las obras de Carlo Lorenzini, más conocido como Collodi (1826-1890), de Edmondo De Amicis (1846-1908), de Carolina Invernizio (1858-1916) y, obviamente, de Emilio Salgari (1862-1911). Creo que no es necesario extenderse sobre la fama de libros como Pinocho (Pinocchio, 1883) o como Corazón (Cuore, 1886). Tal vez, Carolina Invernizio es la menos conocida entre los escritores mencionados; sin embargo, hay constancias de su popularidad, por lo menos a través de las traducciones y de los préstamos bibliotecarios; tal vez, algo familiares sueñan para el lector chileno algunos títulos suyos, entre macabros y horripilantes, como *El beso de una muerta* y *La venganza de una loca*, publicados primeramente en la década 1880-1890. Finalmente, no cabe duda de que Sandokan, «el tigre de la Malasia», protagonista de un ciclo de novelas salgarianas (*Le tigri di Mompracem* 1883-84; *Le due igri*, 1889; *I pirati della Malesia*, 1896; *Il re del mare*, 1906; *Alla conquista di un impero*, 1907; *Sandokan alla riscossa*, 1907; *La riconquista del Mompracem*, 1908), ⁽²⁾ es un personaje literario muy popular en Chile. Al parecer, incluso, la fama de su inventor sigue vigente en América Latina, si es cierto lo que relatan algunos periódicos italianos. ⁽³⁾

Pese a las diferencias de estilo, de contenido y de valor literario (es indudable que De Amicis y Collodi sobresalen entre los demás), todas las obras que hemos mencionado se publicaron en Italia en el mismo lapso, es decir, entre los últimos decenios del siglo XIX y los comienzos del siglo XX, y, como lo hemos adelantado, se suelen clasificar en el ámbito de la literatura popular. En este contexto, sin pretender entrar en un terreno muy

⁽¹⁾ Para este trabajo, hemos utilizado la edición chilena *La estrella de la Araucanía*, Zig-Zag, Santiago, 1958. De aquí en adelante, las notas y las indicaciones relativas a las páginas, en ausencia de otras especificaciones, se refieren a esta edición.

⁽²⁾ Vittorio Sarti, *Nuova Bibliografia Salgariana*, Pignatone Editore, Torino, 1994.

⁽³⁾ De acuerdo a un artículo reciente, el ciclo de los piratas caribeños de Salgari se acaba de traducir y editar en Cuba y Fidel Castro sería un lector asiduo de estas obras. (Marcello Staglieno, *Sandokan, tradotto, torna a casa*, «L'Indipendente», 14 luglio, 1994, p. 19).

Asimismo, el escritor mexicano, Ignacio Paco Talbo II afirmaba, hace pocos meses, que tiene planeada la redacción de un texto apócrifo —que quiero atribuir a Salgari— donde se narran las aventuras de Sandokan y de su compañero Yanez en función antimperialista (Giorgio Oldrini, *Dal Tanganika alle Ande*, «Panorama», 4 novembre 1994, p. 139).

complejo y que nos alejaría del tema que nos ocupa, nos interesa aquí destacar dos aspectos que caracterizan el término popular; nos referimos a la nueva relación que se establece entre el escritor y el lector, y a algunos rasgos estructurales de la novela popular. En el mencionado período, al crecimiento del área de circulación de la escritura corresponde un aumento del porcentaje de lectores, que, por consiguiente, pertenecen a múltiples estamentos y a distintas clases sociales. Los lectores pertenecientes a la clase media, por ejemplo, ya se configuran como un grupo estable. Asimismo, la actividad del escritor se convierte en una verdadera profesión, aun cuando no generosa, por lo menos regularmente remunerada. En esta más estrecha relación, entre autor y lector, la nueva composición social del público llega a influir en la evolución y en las orientaciones de la producción literaria; a veces, incluso, se repiten las fórmulas narrativas que han registrado un éxito manifiesto. ⁽⁴⁾ Antonio Gramsci enumera siete «tipos» de novela popular, identificables tanto desde un punto de vista cronológico como histórico-político. En el último, coloca «la novela científica de aventuras, geográfica, que puede ser tendenciosa o simplemente de intriga (G. Verne, Bousсенard)». ⁽⁵⁾ Creemos poder insertar *La estrella de la Araucanía* en este último «tipo», pese a que presenta algunas diferencias respecto a las citadas por Gramsci. ⁽⁶⁾ Por su parte, Umberto Eco pone en evidencia algunas características estructurales de la novela popular, las que nos parece interesante señalar a continuación. El autor de tramas literarias populares «tiene que conocer lo que el público

⁽⁴⁾ Remo Cesarani y Lydia De Federicis, *Il materiale e l'immaginario. Società e cultura della borghesia in ascesa*, vol. 4, Loescher Editore, Torino, 1986.

En el caso de Salgari, por ejemplo, se publicaron, póstumas, nuevas aventuras de Sandokan firmadas por otros autores (Vittorio Sarti, op. cit.).

⁽⁵⁾ Antonio Gramsci, *Letteratura e vita nazionale*, Editori Riuniti, Roma, 1971, pp. 143-144.

Sintetizamos aquí los siete «tipos» identificados por el autor:

1. novela de carácter ideológico-político, de tendencia democrática, ligada a las revoluciones de 1848 (V. Hugo, E. Sue); 2. novela sentimental (Richebourg, Decourcelle, etc.); 3. novela de intriga, con contenido conservador-reaccionario (Montépin); 4. novela de carácter histórico, con tendencias políticas distintas (A. Dumas, Ponson du Terrail); 5. novela policial (Lecocq, Rocambole, Sherlock Holmes, Arsenio Lupin); 6. novela gótica (Radcliffe); 7. «novela científica de aventuras, geográfica, que puede ser tendenciosa o simplemente de intriga (G. Verne, Bousсенard).»

⁽⁶⁾ Cabe señalar, por ejemplo, que el texto de un autor incluido en el séptimo «tipo», Louis Bousсенard, (*Avventure di un birichino di Parigi nel paese dei bisonti*, «Giornale illustrato dei viaggi e delle avventure di terra e di mare», 29 de agosto de 1889), se constituyó en una de las fuentes utilizadas por Salgari en las novelas *Sulle frontiere del Far West* (1908), *La scotennatrice* (1909), *Le Selve Ardent* (1910). Véase, al respecto, Ilaria Crotti, Salgari: l'America in eccesso, *L'impatto della scoperta dell'America nella cultura veneziana*, CNR, Bulzoni editore, Roma, 1990, p. 47, nota 4.

espera de su obra» y, conjuntamente, «satisfacer sus expectativas»; en esta perspectiva, «el desenlace de su escrito se resuelve siempre en favor del bien, entendiendo como bien lo que está definido por la moralidad, los valores, la ideología corriente». Además, «el final tiene que llegar a sorprender al lector, como si fuera externo a sus posibilidades de previsión, pero, en realidad, tiene que ser exactamente como él lo deseaba y esperaba; en este sentido, el desenlace de la obra siempre se desarrolla según un mecanismo que ocasiona consolación y gratificación. Es simplemente la capacidad de narrar, la que atrae y fascina al lector, incluido al más refinado.⁽⁷⁾

Si, por un lado, entonces, la novela en examen es colocable en un «tipo» que se originó cronológicamente hacia fines del siglo XIX, como expresión específica de la realidad italiana de aquella época, por otro, sus características narrativas justifican su duración y su éxito fuera de dichos límites cronológicos y geográficos.

II. Los sucesos narrados en *La estrella de la Araucanía* no se desarrollan en esta región, sino en Magallanes y, sobre todo, en Tierra del Fuego. Sin embargo, la heroína de la novela es Mariquita, una joven mestiza hija de Elisa Bravo (pese a que no se hace su nombre, del contexto se desprende que se trata de esta figura histórica) y del cacique Nahuelquín que la raptó, luego rescatada y adoptada por un acaudalado vecino de Punta Arenas, el señor López.⁽⁸⁾ Como lo hace para Marianna —la mujer querida por Sandokan— conocida como «La perla de Labuan», Salgari utiliza la metáfora «Estrella de la Araucanía» sólo para destacar la conocida belleza de la joven protagonista, aludiendo, conjuntamente, a su ascendencia.

Salgari sitúa su cuento en 1859, en el ambiente de los balleneros que se ganan la vida cazando los enormes cetáceos en las aguas peligrosas del estrecho de Magallanes y del océano hasta Cabo de Hornos. Trataremos aquí de

⁽⁷⁾ Umberto Eco, *L'industria aristotelica en: Cent'anni dopo. Il ritorno dell'intreccio*, Almanacco Bompiani, Milano, 1972. En particular, Umberto Eco destaca en su ensayo que el cine ha adoptado ciertas técnicas narrativas típicas de la novela popular tradicional. Al analizar, por ejemplo, el extraordinario éxito de una película mediocre como «Love Story», el autor lo hace remontar a las mismas eficaces técnicas. Podríamos agregar, al respecto, que, en la actualidad, en las más exitosas teleseries, es posible divisar la aplicación de normas narrativas similares a las mencionadas por Umberto Eco, conjuntamente con la coexistencia de los «tipos» enumerados por Antonio Gramsci.

⁽⁸⁾ Emilio Salgari, op. cit., p. 48: «Mariquita, la hija de la chilena naufragada en las costas de Valdivia...». Véase, al respecto: Vicuña Mackenna Benjamín, *Elisa Bravo o sea el misterio de su vida, de su cautividad y de su muerte, con las consecuencias políticas y públicas que la última tuvo para Chile*. Imprenta La Victoria de H. Izquierdo y Cía calle San Diego n. 73, Santiago, 1884 y José Bengoa, *Historia del pueblo mapuche*, Ediciones SUR, Santiago, 1985.

sintetizar la trama del texto, en lo que se refiere a la parte más amplia y más interesante para nuestro enfoque (cap. V-XXI). Los tres protagonistas, Mariquita y dos jóvenes primos, Alonso y Pedro Gutiérrez —ex oficiales de la marina argentina, obligados a exiliarse por razones políticas y a convertirse en balleneros— viven en Punta Arenas. Como «los ardientes ojos de la joven mestiza encendieron en sus pechos una pasión igualmente violenta», entre los dos enamorados se abre «un abismo de intenso odio» (p. 67). Mariquita elige a Alonso como novio; Pedro, desesperado, se radica en Puerto del Hambre. Un año transcurre de estos hechos, cuando Mariquita se presenta a Pedro para invocar su ayuda —ya que él es el único marino de Punta Arenas que puede enfrentar el mar tempestuoso del invierno austral con su barco «Quiqua»— con el objeto de salvar al desafortunado Alonso, supuestamente naufragado con su barco «Rosita», en las desoladas playas de la Tierra del Fuego. A cambio de su ayuda, Pedro, aún enamorado de la joven, le pide que sea su esposa, en el caso que logre rescatar a Alonso. De mala gana y sólo para salvarle la vida a su novio, Mariquita acepta. Desde este momento (cap. VIII-XXI), los sucesos se refieren a la navegación de Pedro, Mariquita y otros compañeros de viaje a través del estrecho de Magallanes hasta las costas orientales de Tierra del Fuego, donde debería hallarse el extraviado Alonso. Antes de llegar a su destino, los navegantes tienen que superar miles de peligros: los hielos, el asalto de los patagones, de nuevo los hielos, y, finalmente, la ferocidad de los «salvajes fueguinos». En Tierra del Fuego, tomados presos por los onas, los protagonistas descubren que el jefe de la tribu es un blanco, el propio Alonso, mantenido en vida por los indígenas —que han asesinado y comido a los demás tripulantes— en su calidad de comandante del barco hundido. El cautiverio se convierte en una pesadilla, ya que los salvajes antropófagos apetecen la carne de los blancos y, en particular, la de Mariquita. De noche, mientras los indígenas aprontan un imponente banquete antropófago, Alonso logra rescatar a los prisioneros y se da a la fuga junto con ellos. Sin embargo, en estas circunstancias, revela su verdadera personalidad, al intentar eliminar a su rival en amor, mediante el engaño. Entretanto, el corazón de Mariquita, que ha tenido la oportunidad de apreciar el valor y la destreza de Pedro para enfrentar tantas dificultades, ya late por él. Alonso, en cambio, aparece bajo una nueva luz, la del cobarde, y sólo merece el desprecio de la joven y bella mestiza. La solución del drama ocurrirá en un dramático duelo entre los dos antagonistas; el valiente y generoso Pedro mata a su rival y se casa con Mariquita.

Como se puede deducir de esta breve síntesis, la estructura de la obra es bastante sencilla. Una primera secuencia informa al lector sobre el medio ambiente en el cual se va a desarrollar el cuento y sobre la situación sentimental de los protagonistas. Una segunda y larga secuencia presenta el núcleo central de la aventura, el viaje, durante el cual los navegantes tienen

que superar, en un clímax ascendente, un sinnúmero de obstáculos, dependientes, en general, de una naturaleza hostil, hasta el peligro máximo (el canibalismo de los indígenas). La tercera y última secuencia se constituye en el desenlace, a través de algunos mecanismos habituales: la revelación (se invierten los roles principales: en realidad, el bueno es malo y el malo es bueno, como el lector lo había intuido desde un comienzo), el castigo del malo y el final feliz.

III. En todas las secuencias, sin embargo, se advierte el intento didascálico del autor. Salgari quiere orientar al lector, que carece de la información básica necesaria, sobre los meandros de la hidrografía magallánica y de Tierra del Fuego; sobre la meteorología y sobre el clima; sobre la fauna; sobre la flora; sobre las referencias históricas; y, finalmente, sobre la naturaleza, los hábitos y la forma de vida de los indígenas de la región austral. Esta función es esencial para la comprensión del texto; un lector italiano, incluso un lector de buena cultura, no habría logrado (ni lograría hoy en día) apreciar y evaluar las aventuras de los protagonistas sin ubicarse en los lugares descritos, tan diferentes de los de su tierra; ni, tampoco, Salgari pudo haber construido su novela sin tener un conocimiento previo al respecto. Es indudable que el exotismo es un elemento importante de la narrativa salgariana y constituye una de las razones de su éxito; sin embargo, también es sabido que Salgari vivió su vida entre Verona (donde nació en 1862), Génova y, sobre todo, Turín, donde se estableció desde 1893 hasta su muerte; que nunca salió de su país; que el grado de capitán de marina que ostentaba, era falso; que, en fin, todas las aventuras exóticas narradas en sus libros nacían de su imaginación y no de una noción directa de los lugares descritos.⁽⁹⁾ Por lo tanto, en el momento en que se preparaba a escribir su novela, Salgari debió haber tenido un conocimiento previo de algunas fuentes —supuestamente relatos de viajes, bitácoras, memoriales o artículos geográficos— que le habrían proporcionado las informaciones científico-geográficas necesarias para emprender su obra. En el texto en examen, hemos encontrado algunos indicios interesantes al respecto. Este es el primero (pág. 104): «Giacomo Bove, el explorador y navegante italiano cuyo fallecimiento fue tan lamentado, que visitó y fijó en la carta náutica marina los pasos más difíciles del estrecho magallánico por cuenta del gobierno argentino, experimentó las fuerzas de estas tremendas ráfagas (los williwaws) y, no obstante su pericia y valentía náuticas, tuvo que dejar su goleta desfondada sobre esas rocas formidables» (de la Tie-

⁽⁹⁾ Salgari encontró in situ también la manera de solucionar el problema de la iconografía de sus libros. El fotógrafo Alberto Valle tomaba fotografías a grupos de personas (parientes y amigos del autor) disfrazados de los exóticos personajes salgarianos y, posteriormente, las utilizaba como modelos para diseñar las portadas de las novelas del escritor (Paola Pallottino, *L'occhio della tigre, Alberto Valle fotografo e illustratore salgariano*, Sellerio Editore, Palermo, 1994).

rra del Fuego); más adelante, se encuentra el segundo (pág. 128): «Giacomo Bove, el notable oficial de la marina italiana que exploró esta tierra por encargo del Gobierno argentino, cuando naufragó a la salida del canal de Beagle con su viaje goleta la «Cabo de Hornos» fue muy bien recibido por los indígenas de la bahía de Sloggit (sic), y hasta le regalaron muchas armas y vestidos».

Tenemos que detenernos un poco sobre Giacomo Bove, una figura de explorador hoy en día casi olvidada. Hay muchas referencias, además de las presentes en los capítulos mencionados, sobre el hecho de que Salgari admiró y conoció las hazañas de este explorador italiano que, nacido en 1852, participó en misiones exploratorias en el Ártico, en Tierra del Fuego, en el territorio de Misiones y en Congo, antes de terminar con su vida, suicidándose, en 1887, a los treinta y cinco años de edad.⁽¹⁰⁾ Cuando aún vivía en Verona, Salgari publicó tres artículos en la revista «*Arena*» sobre el suicidio del joven capitán, que, por una extraña coincidencia, se había quitado la vida en la misma ciudad.⁽¹¹⁾ Posteriormente, desde 1904 hasta 1906, bajo la dirección de Salgari, se publicó en Génova «*Per terra e per mare*», un periódico ilustrado, de «aventuras y viajes». Entre las biografías de los exploradores italianos publicadas en la revista, sobresale la de Giacomo Bove.⁽¹²⁾ Finalmente, la detallada mención hecha en el *estrella de la Araucanía* sobre un viaje de Giacomo Bove efectuado por encargo del gobierno argentino a Tierra del Fuego, de su goleta «Cabo de Hornos» y de su naufragio en la bahía Sloggit, deja entender que Salgari debió referirse a hechos históricos conocidos y notorios. De hecho, en octubre de 1881, Giacomo Bove solicitó al gobierno argentino que apoyara financieramente una expedición científica a Tierra del Fuego, basándose en los lazos de amistad entre los dos países, reforzados en esa época por la fuerte oleada de inmigración italiana hacia aquel país;⁽¹³⁾ y, además, en los nuevos intereses por la gran isla, surgidos en aquella época en Argentina.⁽¹⁴⁾ Después de largos y agotadores trámites, Giacomo Bove obtuvo el mando de la corbeta «Cabo de Hornos», y, el 18 de diciembre de 1881, zarpó desde Buenos Aires y se dirigió hacia Punta Arenas para luego proceder hasta Tie-

⁽¹⁰⁾ Ettore Cozzani, *Giacomo Bove e i suoi viaggi di esplorazione*, Paravia, Torino, 1930.

⁽¹¹⁾ Emilio Salgari, *Una tigre in redazione. Le pagine sconosciute di un cronista sempre in viaggio con la fantasia*, a cura di Silvano Gonzato, Marsilio, Venezia, 1994.

⁽¹²⁾ Vittorio Sarti, op. cit.

⁽¹³⁾ Sobre las relaciones entre Giacomo Bove y el gobierno argentino, véase: Ettore Cozzani, op. cit.

⁽¹⁴⁾ En 1881 se firmó el tratado entre Chile y Argentina para la definición de los límites en Patagonia y Tierra del Fuego (Mateo Martinic, *Historia de la Región Magallánica*, Universidad de Magallanes, Punta Arenas, 1992). Véase, también, en: Lucas Bridges, *El último confín de la tierra*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1952, p. 120 y sgg., la descrip-

rra del Fuego. Tomaron parte en la expedición científica Domenico Lovisato, geólogo; Decio Vinciguerra, zoólogo y botánico; el teniente Roncagli de la marina italiana, pintor y fotógrafo de la expedición; Carlo Spegazzini, en calidad de representante de la Universidad de Buenos Aires; Edelmiro Correa, representante del Instituto Geográfico Argentino; el segundo comandante militar, Luigi Piedrabuena, varios oficiales y 60 tripulantes.

A conclusión de su misión, Giacomo Bove publicó un relato del viaje que incluía los informes científicos de Lovisato y Spegazzini.⁽¹⁵⁾ Si se comparan las notas históricas y las informaciones científicas (de carácter geológico, hidrográfico, climático, botánico y zoológico) contenidas en la novela de Salgari, resulta evidente que el relato del explorador italiano se constituyó en la fuente primaria utilizada por nuestro autor. En particular, de la información referente a los onas, producto, en su totalidad, de las observaciones de Bove, Salgari extrajo las noticias sobre su manera de cazar con los perros, sus atuendos, sus creencias, su idioma y sus vivencias. Sin embargo, para el autor de aventuras, era necesario algo más pintoresco de lo que proporcionaban estas notas científicas. En esta perspectiva, los héroes de la novela tenían que enfrentarse a enemigos más repugnantes, despiadados y peligrosos que los inofensivos indígenas descritos por el capitán Bove. Por lo tanto, Salgari configuró una imagen del indígena que, en general, respondie-

ción de la llegada de las fuerzas navales argentinas («el buque transporte Villarino, el cañonero Paraná, el tónder del gobierno, Comodoro Py, todos pertenecientes a la flota argentina»): «El coronel Lasserre puso una bandera argentina en manos de mi padre... e izó en su lugar la bandera del país donde él había establecido su hogar.» (p. 121) «Los yaganes de los alrededores asistieron en masa a la ceremonia inaugural. Mi padre, en nombre de la Misión, prometió cordial ayuda al Gobierno Argentino, y en el de los indígenas allí reunidos, expresó la adhesión de los mismos al país que los había tomado bajo su protección, y su anhelo por tener paz y orden». (p.121)

⁽¹⁵⁾ Giacomo Bove, *La spedizione antartica. Relazioni del capo della commissione scientifica*, «*Bollettino della Società Geografica Italiana*», 1883. De esta publicación existe también una versión en español, enviada al gobierno argentino: Giacomo Bove, *Expedición Austral Argentina. Informes preliminares*, Buenos Aires, 1883.

Algunas referencias y una síntesis del relato de Giacomo Bove se encuentran, respectivamente, en: Ettore Cozzani, op. cit., y en: Giuseppe Mercenaro, Giacomo Bove, *Viaggio alla Terra del Fuoco*, ECIG, Génova, 1992.

Ninguno de los textos citados menciona otro interesante testimonio, extraído de una conferencia dada por el guardia marina Noguera, en el Instituto Geográfico Argentino de Buenos Aires, el 2 de julio de 1884: Juan M. Noguera, *Nueva expedición a las tierras y mares australes bajo el mando del capitán Giacomo Bove*, Buenos Aires, J. Pender, s.f.; tampoco es conocida en Italia, donde el texto de Bridges no se ha publicado, la referencia que allí se hace sobre la expedición de Giacomo Bove. Entre otros detalles interesantes, L. Bridges describe el naufragio del capitán italiano en la bahía Sloggett (sic) y sus encuentros con los onas (Lucas Bridges, op. cit., cap. IX, pp. 100-109)

ra a esta exigencia y que culminara, en particular, con la descripción de sus abominables costumbres antropófagas.

IV. De las páginas de *La estrella de la Araucanía*, siguiendo sin alguna modificación la sucesión de los capítulos, se pueden reconstruir algunas secuencias significativas, las que concurren a la creación gradual de la imagen salgariana del indígena: 1. Descripción de las «razas fueguinas» y, en particular, de los onas (por sus características físicas y sus hábitos, estos indígenas se hallarían entre los seres más salvajes y primitivos de la familia humana); 2. Anticipación de las costumbres antropófagas de los onas (los personajes de la novela hablan de este supuesto y aberrante hábito); 3. Negatividad indígena a través de dos tipos humanos emblemáticos: el brujo y el cazador de guanacos; 4. Averiguación de la verdad (los onas comen verdaderamente carne humana, e, incluso, prefieren la de los blancos); 5. Representación *in acto* de la aberración de los onas (la comilona antropófaga).

1RA. SECUENCIA

«Tres razas habitan esa tierra (del Fuego), muy parecidas entre sí; la de los onas, la de los yaganes y la de los alacalufes. Son razas miserables que llevan una vida muy difícil, viven poco menos que como animales dentro de chozas construidas con pocas ramas, de manera que apenas le sirven de refugio, y como se odian mortalmente entre ellas, siempre pasan en guerra.

Son los más pobres, los más desgraciados y los más feos y sucios seres de la familia humana. Apenas puede comparársele con los salvajes de Australia, los que están considerados en la escala más baja de la especie humana.» (pp. 125-126)

— «(Los yaganes) son los más horribles, sucios, y también los más bestiales seres de la raza humana.» (p. 128)

—«La tribu que ocupa esta bahía (San Sebastián) es belicosa y cruel... Son indios onas, los gigantes de la raza fueguina, que en estatura no ceden a los patagones. Cosa extraña, porque usted sabe bien, todos los otros habitantes de la isla son, por el contrario, muy pequeños.» (p. 134)

—«¿Y por qué esa diferencia de estatura? Los patagones son gigantes, robustísimos, de pecho ancho y formas hercúleas, y estos fueguinos, exceptuados los onas, pequeños, feísimos, flacos, raquíuticos y de piel más oscura.» (p. 134)

—«La canoa que se dirigía hacia la «Quiqua» la tripulaban cuatro indígenas de gran estatura y de una robustez asombrosa. Tenían la piel castaño

oscuro, la frente baja y estrecha, los pómulos muy salientes, los ojos pequeños, la boca anchísima de labios sumamente carnosos, la nariz fuerte con las aletas abiertas y la cabellera larga, revuelta y chorreando aceite de lobo. A pesar de la estatura tan alta tenían las espaldas curvadas, el pecho amplio; el busto dejaba ver las costillas, y las piernas, muy flacas, hacían el efecto de bastones cubiertos de cuero». (p. 136)

—«¡Son horribles! No creía que fuesen tan feos.

—Y estos son los más hermosos representantes de la raza fueguina. Si tú vieras a los yaganes o a los alacalufes, que encontraremos más al sur, te espantarías.

—¡Y qué sucios son! Deben oler como las bestias salvajes.» (p. 137)

—«Estos salvajes son traicioneros como lo eran los maoríes de Nueva Zelanda hasta hace unos veinte años.» (p. 137)

—«No podemos fiarnos de estos indígenas, porque son malos y traidores.» (p. 142)

2DA. SECUENCIA

—«Entonces, ¿es cierto que los habitantes de esta isla son antropófagos?»...

—Al menos los que viven en las costas del sur... Después de matar a sus enemigos se lo comen, y, cuando el hambre acosa a una tribu, no titubean en suprimir a las ancianas para alimentarse con su carne; y las hambriñas son corrientes en estas costas.» (p. 128)

—«¿Los has visto comer carne humana?

—Sí, señor, una vez en el cabo San Diego. Hubo una batalla entre dos tribus enemigas y los vencedores se adueñaron de los vencidos muertos en la refriega y se lo comieron ante mis ojos.

—¿Asados al palo?

—¡Crudos, señor! Pero no se comen enteros a sus enemigos. Los hombres se comen las piernas, las mujeres los brazos y el pecho, el resto lo botan.» (p. 137)

3RA. SECUENCIA

Entre los tripulantes de la canoa, sobresale un «jacmusa, especie de médico y brujo»; los blancos le ofrecen comida a cambio de informaciones sobre el naufragio de Alonso. El «brujo» se precipita sobre el canasto de víveres (p. 138):

—«Le bastaron diez minutos para dejar vacío el canasto, seis o siete kilos de alimentos. Su vientre se infló de tal manera que parecía próximo a reventar. —¡Un australiano no habría podido más!» (p. 138)

—«¿Cuántos hombres había en la canoa?
El indígena (jacmusa) se miró los dedos de una mano, luego los de la otra, en seguida a los marineros que lo rodeaban, y meneó la cabeza, como si no fuera capaz de sacar la cuenta, demasiado difícil, ciertamente, para su cerebro.

—No sé, muchos...
—¿Se los comieron?
—¿Por qué crees que nosotros comemos hombres blancos? —respondió casi ofendido.

—¿Acaso ya no se comen a los náufragos? —inquirió Pedro con acento irónico.

—Son muy salados y muy amargos —respondió ingenuamente—. Preferimos la carne de los nuestros, que se parece más a la de los peces.» (p. 140)

—«No nos podemos fiar de estos indígenas, porque son malos y traidores.» (p.142)

(El cazador de guanacos) «No medía más de un metro cincuenta de altura, tenía las piernas flaquísimas, raquílicas; la frente baja, los cabellos gruesos, tiesos y negros, casi unidos con las cejas; los ojos vivísimos, animados por un brillo siniestro; la nariz zorruna y la cara ancha, con algunos pelos gruesos e hirsutos en la barba; el cuello corto y las espaldas curvadas. Su rostro, además de ser repugnante, mostraba una expresión tal de ferocidad que daba miedo, expresión ya observada en casi todos los salvajes de las costas meridional y occidental de Tierra del Fuego. Viendo entrar al grupo, sus miradas se dirigieron de inmediato a Mariquita con especial atención. ¿Admiraba las hermosas facciones de la joven araucana o pensaba, como buen antropófago glotón y refinado, en la delicadeza de sus carnes?» (p. 148)

4TA. SECUENCIA

Como era previsible los onas traicionan a los blancos y persiguen, en particular, a Pedro y Mariquita, «tal vez ansiosos de probar la tierna carne de la bella joven, más que la suya» (p. 152). Los dos encuentran un refugio y Pedro se prepara a defenderse: «Pedro sabía que tenía que vérselas con antropófagos ansiosos de carne humana que no los respetarían... y tenía que defender a Mariquita de las garras de esos abominables devoradores de carne humana.» (p. 157)

—«¿Se comen a los hombres blancos los onas?»

—Sé que se comen a sus prisioneros —declaró el cazador, después de un ligero titubeo.» (p. 167)

«asquerosos devoradores de carne humana.» (p. 171)

«Los malvados, que no habían renunciado a la esperanza de probar la tierna carne de la bella araucana... se detuvieron... en espera de que las víctimas destinadas a suministrarles el asado abandonaran su refugio.» (p. 172)

Diálogo entre el brujo y el cazador:

—«Tendremos una comilona colosal y celebraremos al Genio del Bien. Jamás nuestra tribu ha comido de una sola vez tantos hombres blancos.» (p. 177)

—«El cazador de guanacos nos ha traicionado, capitán...

—¡Todos iguales! —exclamó Pedro enfurecido—. Nacieron traicioneros, morirán traicioneros.» (p. 178)

«monstruosos caníbales» (p. 179)

Habla el brujo:

«... La carne blanca es muy rara; las grandes canoas no llegan casi nunca a nuestras orillas y a nosotros nos gusta mucho. Le prometimos la vida de cuatro personas y, como ves, hemos mantenido nuestra palabra. Si no hubiera sido por él, a esta hora ninguno de ustedes estaría vivo. ¡Qué lástima! Debe ser muy tierna la carne de esa muchacha.

—«¡Eres un monstruo! —no pudo dejar de gritarle Pedro...» (p. 184)

«Eran cuatrocientos o quinientos salvajes todos bien armados y de una estatura superior a la media. Los onas son los hombres más grandes de Tierra del Fuego y descienden probablemente de los patagones, mientras que, como ya hemos dicho, todos los otros fueguinos están por debajo de la estatura media.» (p. 185)

Habla el «jefe blanco»:

—«Una sola palabra mía y ese hombre concluiría su existencia sobre una hoguera, asado. A mis súbditos les gusta la carne humana, sobre todo la blanca, y estarían muy contentos de agregar otro hombre a los que ya mataron y que están ahora asando.

—¡No reconozco al Alonso de un tiempo! —expresó Mariquita—. Entonces no habría sido capaz de imaginar semejante infamia. Se le ha endurecido el corazón». (p. 189)

5TA. SECUENCIA

«Los salvajes la hicieron aprovechar el tolderío entre una multitud de indios curiosos por verla. Muchas mujeres se mezclaban con los guerreros; eran criaturas de mísero aspecto, de una fealdad espantosa y tan sucias que no se sabía de qué color tenían la piel.

Los preparativos para el gran banquete antropófago se realizaban en el vasto calvero que rodeaba la cabaña del jefe blanco. Se veían enormes montones de leña que debían servir para asar los cadáveres de piel blanca, atravesados por un asador gigantesco. Eran los cuerpos de los dos infelices marineros que montaban guardia junto a la gran chalupa.» (p. 192)

«Enormes fogatas ardían en torno a la cabaña del jefe blanco. Sobre esas piras —es horrible decirlo— se asaban los desgraciados marineros de la 'Quiqua', suspendidos dentro de firmes asadores, bajo la vigilancia de dos docenas de cocineros muy prácticos, por lo que se veía, en esta clase de guisos humanos.»(p. 195)

«Precisamente, para conseguir sus propósitos, (Alonso) había dado orden a los cocineros de que sirvieran el asado de carne humana como último plato y para que resistieran mejor frente a esas gigantescas hogueras les hizo distribuir dos barriles de aguardiente, seguro de que también ellos concluirían por desplomarse borrachos pronto». (p. 196)

V. En fin, la visión salgariana del «otro» surge con claridad de estas páginas (alcanzando, incluso, efectos de comicidad involuntaria cuando el autor acentúa los tonos grotescos). Los indígenas son, en general, seres miserables y repugnantes. Sin embargo, nuestro autor establece una graduatoria entre ellos y, al mismo tiempo, una ecuación: más lejos (del foco de la civilización, supuestamente Europa) más salvajes (la palabra salvaje es el epíteto habitual para los indígenas y se repite 60 veces en el texto). En comparación con los patagones, los onas son peores; pero, los yaganes y los alacalufes son peores que los onas e, incluso, son los seres más bestiales de la familia humana (si no fuera por los indígenas australianos y los maoríes de Nueva Zelanda).⁽¹⁶⁾ En suma, la perspectiva del autor implica un juicio y una eva-

⁽¹⁶⁾ En la graduatoria que hemos aquí sumariamente ilustrado, los patagones (o tehuelches, como en alguna parte también los llama Salgari) adquieren cierto relieve, ya que el autor dedica varias páginas a la descripción de su aspecto físico, de sus atuendos, de sus costumbres y de su manera de pelear (pp. 53-54; p. 58; p. 94; cap. X, El asalto de los patagones, pp. 95-102;). Definidos como «inquietos» y «fieros (p. 53), «belicosos» (p. 95), «gigantes valientes», los patagones merecen el primer puesto en la mencionada graduatoria.

luación que se apoyan sobre una premisa. La premisa es la superioridad del hombre blanco; el juicio y la evaluación son negativos, ya que más el indígena se aleja del modelo (el hombre blanco), más es despreciable. Su inferioridad se mide en el terreno estético, físico, higiénico, intelectual, tecnológico y, finalmente, moral. El ona, que es el verdadero antagonista del hombre blanco en estas aventuras, es feo; es casi raquítrico; es sucio; es mentalmente atrasado; y, finalmente, es malo. Los civilizados blancos pueden vencerlo, incluso si se encuentran en circunstancias desfavorables, por su superioridad tecnológica (las armas de fuego) y por una combinación entre ésta y su astucia (los prisioneros blancos se escapan porque, después de haberles distribuido a sus perseguidores una abundante ración de aguardiente, aprovechan su borrachera). Este esquema de evaluación, incluye también al controvertido personaje de Alonso, el novio de Mariquita que se convierte en el «jefe blanco», a quien Pedro elimina durante un dramático duelo en un banco de hielo. ¿Cuál es la verdadera culpa de Alonso, puesto que, en apariencia, no se ha convertido en «el jefe blanco» voluntariamente? De hecho, los onas, que se han comido los tripulantes de su barco, sólo le han salvado la vida porque así suelen hacerlo con los comandantes. Lo cierto es que Alonso quiere deshacerse de su rival en amor, abandonándolo en las desoladas playas de Tierra del Fuego y, por lo tanto, se merece el desprecio de Mariquita. Sin embargo, Pedro, en el pasado, se había demostrado igualmente despiadado y había intentado eliminarlo atacando su barco. De todos modos, es gracias a su intervención que todos los prisioneros pueden huir y salvarse. Al parecer, en fin, Alonso no es tan cobarde y traicionero como lo sugiere Salgari. Su verdadera culpa, en realidad, es haberse adaptado a vivir con los onas. El «restablecimiento del orden», expediente narrativo común en la novela,⁽¹⁷⁾ requiere su castigo y su desaparición, ya que el orden inicial implica la separación entre los dos grupos: salvajes con salvajes, civilizados con ci-

Esto no impide que, en otras partes, se utilicen otros adjetivos tales como «malditos» (p. 53), «imbéciles» (p. 101) y se les considere traicioneros. Estos «salvajes» parecen caracterizarse por su odio por los blancos: «... no quieren a los hombres de raza blanca, sean chilenos o argentinos» (p. 97); «Es el ansia del saqueo la que los anima... creen que tenemos a bordo licores... todos odian a los hombres de raza blanca y donde pueden sorprenderlos hacen gala de masacrarlos» (p. 101).

Un discurso aparte merecerían las referencias indirectas a los araucanos, que suelen atañer a Mariquita en cuanto hija de una mujer blanca y de un araucano. De la madre la joven mestiza ha heredado la belleza, del padre el valor. Es la propia joven que atribuye su ausencia de miedo, incluso en las circunstancias más peligrosas, a la sangre araucana que corre por sus venas. Es posible que Salgari recoja este tópico de alguna obra chilena, conjuntamente con otras informaciones que en este contexto no hemos analizado.

⁽¹⁷⁾ Barthes, Eco, Greimas, Metz, Todorov e altri, *L'analisi del racconto*, Bompiani, Milano, 1969.

vilizados. El «desorden» en que vive Alonso es advertible, metafóricamente, en la descripción de la choza donde vive entre los onas, y de sus indumentos: «No era una de esas asquerosas habitaciones usadas por los fueguinos, verdaderos cubiles de ramas y cortezas de árboles, que no alcanzan a proteger del frío ni de la lluvia. Se trataba de una buena cabaña, hecha de troncos de árboles, con el techo cubierto de haces de mimbre bien apretados y con aberturas que hacían las veces de ventanas»... «Las paredes estaban todas cubiertas con pieles de guanaco, que ocultaban las rendijas, y el piso con pieles de león marino. Había asientos de madera, una mesa que parecía construida con restos de alguna nave y trofeos con armas dispuestos con el gusto de un hombre civilizado.»... «Vestía una casaca de piel de guanaco y un par de pantalones de paño oscuro, que debían de haber pertenecido a algún marinero, y escondía la parte inferior de las piernas y los pies dentro de una especie de botas de piel de león marino con el pelo para afuera, obra de ningún zapatero, americano o europeo. Sobre la cabeza llevaba una diadema de conchas y de plumas y al cuello numerosos collares. En las mejillas ostentaba tatuajes azules y rojos.» (p. 187).

Si, en la escala de valores presente en la visión de Salgari los onas se hallan en el punto más bajo de la familia humana, su antropofagia les sitúa en un nivel casi subhumano. Los onas, por ser caníbales, son seres «bestiales», verdaderos «monstruos». Incluso, dentro de la estructura de la novela, este aspecto adquiere una función esencial y se constituye en el núcleo central de la aventura, largamente preparado, desde un comienzo, a través de un lento crescendo de expectativa. Primero se sugiere al lector esta posibilidad; luego, ésta se convierte en certeza; finalmente, los protagonistas corren el riesgo de convertirse en comida para los nativos y logran darse a la fuga durante una grotesca comilona final de los onas.

VI. De acuerdo a lo que hemos adelantado en las páginas anteriores, la fuente documentaria utilizada por Salgari, para describir los hábitos de los onas, es el relato de viaje de Giacomo Bove. En este texto, la postura del explorador italiano hacia los indígenas es seguramente la de un hombre de su tiempo, que se considera a sí mismo el representante de una civilización superior; pero, es, también, la de un científico que intenta ser objetivo y, a veces, no se exime de expresar su piedad por la pobreza de los indígenas, de observar con atención y comprensión sus costumbres, de conmoverse por su instinto poético;⁽¹⁸⁾ incluso el explorador ironiza sobre la fortuna de los médicos europeos que no reciben, en caso de fracaso en sus

⁽¹⁸⁾ Giacomo Bove, op. cit., p. 135; pp. 136-137; p. 142, nota 1.

terapias, el justo castigo que los onas infligen a sus curanderos cuando no aciertan la cura. ⁽¹⁹⁾ Y, por sobre todo, Giacomo Bove desmiente categóricamente la fama, originada por las notas de Darwin, ⁽²⁰⁾ que tacha a los onas de antropófagos, apelándose a su experiencia personal, durante la cual pudo apreciar la hospitalidad amistosa de los indígenas; incluso, refiriéndose al tema de un cuadro expuesto en Río de Janeiro (una mujer indígena que lleva en un canasto pedazos de carne humana para su almuerzo) censura con gran vehemencia la mala costumbre de los viajeros que relatan falsedades sobre los hábitos de los indígenas. ⁽²¹⁾

Es evidente, entonces, que Salgari, que se atiene fielmente al relato de Giacomo Bove cuando se trata de narrar la historia ⁽²²⁾ y de describir la naturaleza de las latitudes australes, al referirse a los onas, lo modifica libremente, en primer lugar, agregando a la descripción una evaluación negativa y, en segunda instancia, respecto a la antropofagia, cambiando las mismas evidencias brindadas por su autor. Al respecto, hay dos aseveraciones en *La estrella de la Araucanía* que confirman el cambio voluntario y consciente operado por Salgari sobre su fuente: «Toda la región (Tierra del Fuego) es estéril, fría; la habitan tribus belicosas, que hasta hace pocos años eran antropófagas.» (p. 125); «Sin embargo, yo sé de naufragos que no sólo no han sido asesinados, sino recibidos cordialmente —dijo el señor López—. Giacomo Bove, el notable oficial de la marina italiana que exploró esta tierra por encargo del Gobierno argentino, cuando naufragó a la salida del canal de Beagle con su vieja goleta la «Cabo de Hornos», fue muy bien recibido por los indígenas de la bahía de Sloggit (sic), y hasta le regalaron muchas armas y vestidos.

—«Pero se trataba de indios onas y no de fueguinos o yaganes —respondió Pedro. Los onas no son malos; a los otros no quisiera volver a verlos». (pág. 128)

¿Cuál es la operación hecha por Salgari? El autor menciona la experiencia de Giacomo Bove como fidedigna, para evitar que se le pueda acusar de haber tergiversado sus palabras, y, con ellas, la verdad; el personaje de Pedro, además, confirma que los onas «no son malos». Sin embargo, de acuerdo a sus

⁽¹⁹⁾ Giacomo Bove, op. cit., p. 138.

⁽²⁰⁾ Charles Darwin, *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*. «El Ateneo» editorial, Buenos Aires, 1951.

⁽²¹⁾ Giacomo Bove, op. cit., p. 143.

⁽²²⁾ Veáanse, por ejemplo, las informaciones históricas referentes a Punta Arenas (p. 39); a la expedición de Sarmiento de Gamboa (p. 55); al viaje de Hernando de Magallanes (p. 84).

palabras anteriores, todas las tribus fueguinas «eran hasta hace pocos años antropófagos». Al situar su cuento en 1859, nuestro autor tiene la libertad de manipular la verdad con el propósito de crear una trama más aventurosa, ya que, 20 años antes del arribo de Bove, los onas pudieron haber sido antropófagos.

De acuerdo a las palabras de Giacomo Bove y de Lucas Bridges,⁽²³⁾ fue Darwin, quien, primeramente, hizo circular la falsa noticia sobre la antropofagia de los fueguinos. Ambos autores no dejan de acusar al naturalista inglés por su superficialidad y a la expedición del Beagle por el conocido episodio que se refiere a los indígenas trasladados a Londres (Jimmy Button y sus compañeros) por Fitz Roy y luego devueltos (los sobrevivientes, por lo menos) a sus tierras. Es posible que Salgari conociera la obra de Darwin y de ella extrajera la idea de la antropofagia de los onas;⁽²⁴⁾ sin embargo, sólo nos interesa aquí destacar que, para lograr un efecto aventuroso, Salgari no solamente crea una imagen del ona totalmente negativa, sino también distorsiona voluntariamente las informaciones contenidas en la misma fuente histórica que se le ha proporcionado.

Nos queda por averiguar si la visión del indígena presente en *La estrella de la Araucanía* es un caso aislado en la producción de Salgari. Lamentablemente, no hay estudios críticos sobre este tema, incluso entre los más recientes.⁽²⁵⁾ Sin embargo, de un interesante ensayo de un autor nigeriano, cuya circulación es muy restringida en Italia, se desprende que el punto de vista de nuestro autor sobre los africanos es similar al que hemos encontrado

⁽²³⁾ También Lucas Bridges (op. cit., cap. I, pp. 21-28), experto conocedor de los indígenas fueguinos por haber nacido en Ushuaia (1874), vivido muchos años en Tierra del Fuego y explorado buena parte de la gran isla (hasta 1910), expresa una severa crítica sobre la primera expedición del Beagle y sobre las «equivocaciones» de Darwin (antropófaga indígena incluida).

⁽²⁴⁾ Una referencia específica al mencionado texto de Darwin puede encontrarse en la descripción de la caza a los cóndores (p. 63). No hay que olvidar, además, el clima cultural y filosófico de Turín, en los años que Salgari pasó en esta ciudad. En la Universidad de Turín, por ejemplo, dictaba sus clases el conocido antropólogo criminalista de escuela positivista, Cesare Lombroso, seguidor de las teorías darwinianas. A propósito de la influencia de otro filósofo positivista en la cultura turinesa en general, y, en particular, en Salgari, véase también; Cerruti, *L'ultimo Salgari e «La Bohème italiana»*, en: AA.VV., «Scrivere l'avventura: Emilio Salgari», Torino, Quaderni dell'Assessorato per la Cultura, 1982.

⁽²⁵⁾ Ilaria Crotti, al referirse brevemente a la postura ideológica de Salgari respecto a la contraposición entre raza blanca y raza roja en América del Norte, presente en las novelas *Sulle frontiere del Far West* (1908), *La scotennatrice* (1909), *Le Selve Ardenti* (1910), señala que el autor se inclina a una «ambigua admiración por la superioridad de la primera y a una aceptación desilusionada por la inevitable derrota de la segunda» (Ilaria Crotti, op. cit.). Se trata, obviamente, de una actitud muy diferente respecto a la del texto que nos ocupa.

en *La estrella de la Araucanía*, aun cuando, en el ciclo de novelas africanas examinadas, no se encuentran casos de canibalismo.⁽²⁶⁾ Pareciera, entonces, que esta tacha sería, en la narrativa salgariana, una prerrogativa de los onas.

Nos quedan algunas reflexiones finales antes de concluir, que nos devuelven al concepto de literatura popular y a las consideraciones de Antonio Gramsci y de Umberto Eco, presentadas inicialmente. Entre las últimas décadas del siglo pasado y el comienzo del presente, en plena Belle Epoque, la difusión de los textos salgarianos fue, como consecuencia de su éxito, muy amplia en Italia.⁽²⁷⁾ Por cierto *La estrella de la Araucanía* posiblemente no tuvo la misma circulación que el ciclo de Sandokan; sin embargo, pensamos que la observación general puede tener cierto valor también para este caso particular. A nivel popular, es muy probable, entonces, que la visión del indígena fueguino, cuando existió fue —al igual que la del africano— más influida por las palabras de Salgari que por los relatos científicos. Por otro lado, el público debía apreciar y aceptar favorablemente una perspectiva que enfatizaba la superioridad del hombre blanco civilizado en comparación con los primitivos habitantes de distintos continentes. En lo que se refiere a los fueguinos, por ejemplo, hay cierta relación entre las fotografías que representan a Popper cazando a los indígenas y a M. Maitre presentando un grupo de supuestos «canibales» onas (casi todos mujeres y niños) en la Exposición Internacional de París de 1886.⁽²⁸⁾ En el fondo, la primera acción se justifica con la segunda; el uso de las armas de fuego no es condenable si sirve para eliminar a salvajes antropófagos, como lo destacaba el propio Salgari,²⁹ sobre todo si esto se hace dentro de una misión que puede ser propagandeaada como civilizadora.

¿Deberíamos concluir, entonces, que la *Estrella de la Araucanía* oculta una ideología racista? Creemos, más bien, que la obra del autor veronés, de acuerdo a su carácter «popular», deba considerarse como espejo y vehículo, al mismo tiempo, de una mentalidad común de la época. La publicación de

⁽²⁶⁾ Se trata del texto bilingüe de Tundonu Amosu: *The Land of Adventure. The Representation of Africa in Emilio Salgari. Il Paese dell'avventura. La rappresentazione dell'Africa in Emilio Salgari*, Istituto Italiano di Cultura, Lagos, 1988.

⁽²⁷⁾ El propio Salgari fue conjuntamente representante y víctima de esta amplia difusión. Para satisfacer las exigencias del público, se veía, por un lado, obligado a someterse a una agotadora actividad; por otro, nunca fue remunerado equitativamente por sus editores. Entre las razones de su suicidio (1911), se supone que debe incluirse la imposibilidad de cancelar sus deudas.

⁽²⁸⁾ *Tierra de Humo, imágenes fotográficas 1882/1950*, LOM Ediciones, Santiago 1992, fotografías n. 17, 18, 19.

⁽²⁹⁾ Emilio Salgari, op. cit., p. 141, p. 164, p. 165, p. 167, p. 172, p. 175.

sus novelas se inserta en las décadas en que se formularon las ideas de «progreso» y de «misión civilizadora» que autorizaron y justificaron ideológicamente la expansión europea y la ocupación armada de otros continentes. ⁽³⁰⁾ Aun cuando a través de lo exótico, de lo pintoresco, de lo científico-geográfico y de lo aventuroso, la narrativa popular puede ser política e históricamente «tendenciosa» —según lo suponía Gramsci— y presentar un final que se resuelve siempre en favor del bien, «entendiendo como bien —de acuerdo a las palabras de Umberto Eco— lo que está definido por la moralidad, los valores, la ideología corriente».

⁽³⁰⁾ La propia Italia —un país aún pobre, con un alto porcentaje de emigración— había emprendido su expansión hacia Africa, a partir de la conquista de la bahía de Assab (1882), hasta la fundación de la «Colonia Eritrea» (1890) y de la «Colonia di Libia» (1911).